

La princesa Martina y otros cuentos



MARTIN ORTEGA CARCELEN

La princesa Martina y otros cuentos

Martín Ortega Carcelén

La princesa Martina, p. 3

El sabio Luis, p. 9

Gonzalo el valiente, p. 14

Martín el mago, p. 20

Un libro electrónico para grandes y pequeños, escrito en la Navidad
2017-18.

Copyright © 2018 Martín Ortega Carcelén

1. La princesa Martina

La princesa Martina era una joven muy blanca y muy rubia que vivía en un país rodeado de nieve y de hielo. El país se llamaba Muy al Norte y había muchas flores. A decir verdad, en aquel país no debería haber muchas flores porque, como estaba al Norte del Norte, el viento debía ser muy frío y las plantas debían congelarse. Pero el viento del Norte, cuando pasaba por allí, se encontraba a gusto y calentaba un poquito. Por esto, en el país de la princesa Martina crecían las flores.

En aquel país la gente era muy feliz. Los panaderos hacían un pan estupendo, las modistas cosían unos vestidos muy largos, y los jardineros cultivaban las frutas y las flores más bonitas aunque hacía algo de frío. En el país de Muy al Norte todo era muy muy. Además, en aquel país todos trabajaban muy bien. Pero la que mejor trabajaba era la princesa Martina. Desde muy pequeña, la princesa había aprendido muchas cosas. Su mamá y sus maestras le habían enseñado muy bien. La princesa Martina sabía cocinar y hacer vestidos, tallar la madera y pintar, y también cantaba con voz perfumada de rosas por las mañanas y bailaba danzas divertidas, lo mismo que baila un copo de nieve en un vendaval.

Cuando la princesa tuvo que elegir un trabajo, fue muy difícil, porque le gustaban muchas cosas y no sabía qué profesión escoger. Al final dijo: “voy a hacer algo importante, voy a enseñar a los niños a leer, porque leer es necesario para ser feliz”. Entonces la princesa Martina se abrigó bien porque hacía mucho frío, y viajó por las ciudades del reino en su coche blanco color bola de nieve para enseñar a los niños a leer. Las gentes del país la querían mucho y estaban encantadas de recibirla y aprender con ella a leer. La princesa enseñaba a los niños y también a los mayores que todavía no sabían leer. Como ella era muy simpática y llevaba unos vestidos preciosos, con su piel blanca, su pelo rubio, sus ojos brillantes como estrellas y su sonrisa de caramelo, todo el mundo estudiaba mucho las lecciones, y los que no sabían aprendieron pronto a leer.

La fama de la princesa Martina llegó a otros países. En los lugares más lejanos la gente decía: el país Muy al Norte tiene mucha suerte porque la princesa Martina enseña a leer a la gente y por eso son muy felices. Y ocurrió que un día enviaron una carta desde el país de las Montañas pidiendo que la princesa Martina fuera a enseñar allí. La carta del presidente del país, que se llamaba Montañoso, decía que los habitantes de las montañas no sabían leer porque lógicamente habían estado siempre con las cabras y las ovejas. La princesa Martina dijo: “uy, lo siento mucho, pero no voy a ir al país de las Montañas porque está muy lejos. Yo me quedo mejor aquí en mi país. Tengo mucho trabajo y no puedo perder a mis amigos”.

Poco después, el rey del país del Mar, que se llamaba Marítimo, envió otra carta a la princesa Martina, donde le pedía que fuera a su país para enseñar. “Los que viven en la costa son marineros, y se dedican a pescar peces en el mar”, decía la carta, “por eso nunca aprendieron a leer. Saben pescar pero no saben leer, y no son felices. Por favor, princesa Martina, ¿puedes venir a enseñarles?” La princesa respondió: “pues no, lo siento, tampoco voy a ir a ese país del Mar. Desde luego, los marítimos deben aprender a leer, pero yo no puedo ir porque el mar está muy lejos”.

Tras un tiempo, otra carta llegó. Esta vez la carta venía del país del Desierto y también pedía que la princesa Martina fuera a enseñar a leer. Pero, junto a esta carta, venía una foto del príncipe del Desierto, llamado Desértico. Y el príncipe era bastante guapo. Bueno, no era bastante guapo; era muy guapo. Algunos dirán incluso que era muy, muy, muy guapo. Moreno, con los ojos grandes, las cejas como alas de cuervo y el pelo del color del carbón, en el retrato sonreía mostrando unos dientes blancos brillantes como los rayos del sol. El príncipe del Desierto decía en su carta muy educadamente: “por favor, princesa Martina, ¿puedes venir a enseñar a leer a la gente del desierto?” Al final, la carta añadía: “princesa, si vienes, me gustará mucho conocerte, porque me han dicho que eres muy bella, y como yo soy muy bello también, pues a lo mejor nos casamos”.

Todo el mundo en el país del Norte pensó que la princesa iba a decir que no de nuevo. La princesa Martina tomó la carta y la foto del príncipe, estuvo mirando la foto mucho tiempo y finalmente dijo: “sí, esta vez voy a ir para enseñar a la gente de otro país”. Cuando se enteraron sus padres, dijeron: “Martina, tienes que saber que en el país del Desierto hace mucho calor, y tú estás acostumbrada al frío”. La princesa respondió: “bueno, pero en el país del desierto hay palmeras; aquí no hay palmeras, y las palmeras son muy bonitas”. Sus padres también le dijeron: “Martina, en el país del Desierto no hay agua y tampoco hay flores ni frutos, por eso se llama desierto, mientras que aquí, en el Norte, tenemos mucha agua y flores y frutos”. A esto la princesa respondió: “bueno, pero allí el sol brilla siempre y me pondré un poco morena”. Sus amigos fueron a buscar a la princesa y se lamentaron: “¡qué pena que te vayas!” Pero ella replicó: “podréis venir a visitarme”. Y añadió: “además, quiero enseñar a leer a los niños de otro país, quiero enseñar a los niños en el país del Desierto”.

La princesa Martina se preparó para el viaje y todo el mundo salió a despedirla. Sus padres lloraban, y aquellos a quienes ella había enseñado a leer también lloraban. Para el viaje, la princesa usó su coche blanco de nieve, puso todos sus libros en otro coche, y en un tercer coche viajaron sus ayudantes. Tardaron varios días, vieron muchos paisajes diferentes, cada vez más cálidos, y al final llegaron al país del Desierto, donde les estaban esperando.

Atravesando una avenida rodeada de palmeras, llegaron al palacio de Piedra Ardiente, y entraron en la sala principal. El príncipe del Desierto estaba esperando frente a ellos, subido en unas escaleras. El príncipe sonrió y dijo con una gran voz: “bienvenida princesa Martina, la más bella de las princesas del hielo, que ha venido al país del sol para traernos el fresquito que necesitamos, muchas gracias, princesa”. Después, el príncipe bajó las escaleras para besar la mano de la princesa Martina, y la princesa se dio cuenta que era muy bajito y que no era tan guapo como parecía en la foto. La princesa Martina pensó entonces que ella no había venido a traer fresquito sino a enseñar a los niños a leer.

Al día siguiente, la princesa Martina dijo al príncipe que quería empezar cuanto antes su tarea de enseñar a leer a los niños del Desierto. Pero el príncipe respondió: “antes de ir a enseñar a los niños, debes estar un tiempo en mi palacio para conocerme”. Esa noche el príncipe habló mucho durante la cena pero la princesa no tenía ganas de hablar. Pasaron dos días y la princesa dijo: “aunque no empiece las lecciones, por lo menos déjame viajar por el país del Desierto para conocerlo”. Pero el príncipe replicó: “es mejor que te quedes en el palacio para conocerme más a mí. En cambio, tengo una idea mejor, debes tomar el sol porque eres muy blanca”.

El príncipe del Desierto hacía salir a la princesa cada día al patio de las palmeras para tomar el sol. Después de varios días, la princesa le dijo al príncipe que estaba muy cansada, y que no quería tomar más el sol porque tenía la piel muy quemada. A esto el príncipe le respondió que no debía hablar siempre con “muy”, que no debía usar esa palabra y hablar normalmente, como él hablaba. Al llegar la noche, la princesa se refugiaba en su habitación, lloraba y lloraba, y decía: “¿por qué me fui de mi casa? El príncipe es guapo pero no tan guapo como en la foto, es muy bajito y muy malo”.

Cada día que pasaba era como un dolor para la princesa. No quería tomar más el sol. Tampoco quería ver más al príncipe. Y tampoco quería ya enseñar a los niños, sino solo quería volver a su casa. Así que la princesa lloraba y se preguntaba qué hacer. Pero estaba perdida y no encontraba ninguna solución.

Cuando la princesa Martina estaba en el peor momento, entonces, de repente, apareció en el palacio su madre, que había llegado desde el reino del Norte por sorpresa. Unos pájaros migratorios que iban de camino hacia un clima más frío, y que volaron por encima del desierto, habían reconocido a la princesa Martina cuando estaba en el patio tomando el sol. Desde arriba, vieron su vestido blanco, su pelo rubio y su cara roja porque, en aquel momento, los mofletes se estaban poniendo de color tomate.

Los pájaros llevaron la noticia al reino de Muy al Norte, y la madre de la princesa decidió ir a buscar a su hija al país del Desierto sin tardar. La madre de la princesa Martina era la reina del hielo, se llamaba Muy Muy porque siempre hablaba usando esa palabra, y era

muy valiente. Cuando la princesa la vio, exclamó: “¡qué alegría verte, mamá!” y fue a abrazarla. Al saber que había venido la reina, el príncipe del Desierto fue a verlas y dijo: “yo también me alegro, mamá”, porque quería parecer amable. Pero la reina del hielo se volvió con furia y dijo: “¡nada de mamá, yo soy Muy Muy, y estoy muy, pero que muy enfadada!”.

Entonces la reina abrió las palmas de las manos, las dirigió al príncipe y, con la fuerza de su enfado, salieron de las manos unos chorros de hielo que dejaron congelado al príncipe. El hielo era tan sólido que no se derretía ni siquiera con el calor. Así que el príncipe quedó para siempre dentro de un cubito de hielo, un cubito pequeño como él, con los ojos muy abiertos y el pelo negro brillante apuntando hacia arriba. Todavía hoy el bloque de hielo se usa como estatua en la plaza del país del Desierto y no se derrite bajo el sol.

La princesa Martina regresó a Muy al Norte, y entonces se dio cuenta que era importante que las gentes aprendieran a leer en todos los países, no solo en el Desierto. La princesa decidió que, en vez de viajar ella a otros lugares, iba a enviar maestros al país de las Montañas, al país del Mar y al país del Desierto para enseñar a leer a sus habitantes. La princesa se dedicó a enseñar a los maestros que iban a viajar para educar a los niños.

Además, la princesa pidió a su madre la reina y a los otros mandatarios del país que se hiciera una ley para que todo el mundo, después del trabajo, tuviera un “tiempo libro” además de tiempo libre. El tiempo libre era para hacer cosas como cantar, hacer música, pasear con los amigos, practicar deporte o jugar, y el “tiempo libro” era para leer. La princesa pensaba que no era suficiente con saber leer, sino que además era necesario leer un libro cada año por lo menos para ser feliz.

Al final, la princesa se hizo tan célebre que su fama llegó desde el país de Muy al Norte hasta el otro extremo del planeta, al país que se llamaba Abajo del Sur. En este país vivía el príncipe del Frío, que se llamaba Friolero. Haciendo un viaje muy largo, subiendo el globo terrestre desde el sur hasta el norte, el príncipe fue a conocer a la princesa Martina; eso sí, pasando muy rápido por la zona del desierto. Este príncipe no era muy, muy guapo, era normal pero

había leído muchos libros. Cuando se vieron por primera vez, el príncipe del Frío y la princesa Martina se gustaron mucho, por lo que decidieron casarse muy pronto para intentar ser felices.

Pero había un problema, y es que en el país del sur se hablaba una lengua diferente a la del norte y no se podían entender. Los dos se miraban, decían cosas y se escuchaban pero no sabían qué responder. El príncipe decía en su lengua: “en mi país el viento es helado”. La princesa respondía: “a mí también me gustan mucho las manzanas”. Con el paso del tiempo, el príncipe del Frío aprendió la lengua de la princesa Martina. Desde entonces, ya pudieron entenderse y vivieron en el país de Muy al Norte hablando la misma lengua, por lo que fueron muy, muy, pero que muy felices.



2. El sabio Luis

Hace ya muchos años, en la ciudad de Rocamor, en un país llamado Arboleda, vivía Luis, un niño sabio. Luis iba a la escuela todos los días, jugaba al fútbol con sus amigos, comía mucha pizza y hamburguesas pero no verdura, aprendía también tae-kwondo, y luego estudiaba con mucha aplicación. Como puede verse, Luis era un niño completamente normal.

Sin embargo, con el paso del tiempo, sus padres, sus amigos y maestros se dieron cuenta de que algo especial ocurría dentro de su cabeza. Luis comprendía todo lo que le enseñaban, guardaba en su memoria las cosas que oía y, además, sabía razonar. Cada tarde, Luis jugaba con sus amigos, pero después leía libros sobre los planetas y las estrellas, y lo bueno es que recordaba todo lo que había leído. Por esto sabía que el primer hombre había llegado en un cohete a la luna en 1969. Además Luis también observaba todo lo que ocurría alrededor. Un día se dio cuenta de que los días son más largos en verano y más cortos en invierno, y preguntó por qué. Como no le supieron explicar, estudiando libros, comprendió que la Tierra viaja en el espacio un poco inclinada y esto hace que una mitad del planeta esté más cerca del sol. Sus amigos y sus maestros estaban muy contentos porque, si ellos no sabían algo, podían consultar a Luis.

Aunque tenía solo 11 años, todo el mundo escuchaba a Luis en la ciudad de Rocamor. En general, en aquella ciudad, la gente no sabía razonar, pero como Luis sí sabía, tenía muy buenas ideas. Un día, cuando estaba jugando al fútbol, Luis se dio cuenta que el balón era cuadrado, porque en aquel tiempo los balones eran cuadrados. Luis dijo: “esto no puede ser, es muy difícil jugar al fútbol si el balón es cuadrado, es mejor hacer balones redondos, así rodarán mejor y será más divertido”. Entonces, primero en su escuela, y después en toda la ciudad de Rocamor, comenzaron a hacerse los balones redondos. El invento llegó a las demás ciudades y al final en el país de Arboleda todos jugaron al fútbol con balones redondos. Otro día hubo un problema en la ciudad porque la gente no podía respirar. Los médicos dijeron que los coches producían mucho humo y esto

hacía difícil la respiración. Como las autoridades no sabían qué hacer, fueron a preguntarle a Luis, y él dijo: “es muy fácil, en vez de coches, todo el mundo debe circular en bicicleta”. Y todos dijeron: “¡qué niño tan sabio!”.

En aquel tiempo, el rey de Arboleda cayó en la cuenta de que era muy anciano y necesitaba un presidente para gobernar el país. El Rey seguiría siendo rey pero era preciso buscar a una persona sabia para dirigir los asuntos del país. Algunos asesores dijeron: “majestad, en otros lugares se hacen votaciones para elegir al presidente”. Pero el Rey respondió: “eso de las votaciones es una tontería, mejor haremos un concurso para saber quién es la persona mejor preparada para dirigir el país”.

De manera que al día siguiente todos los periódicos del reino sacaron un anuncio: “se necesitan las mejores personas del país para el concurso de presidente”. Y muy pronto se encontraron seis grandes personalidades que eran buenos candidatos a presidente. Por supuesto, en el concurso solo podían participar hombres y mujeres adultos, pero los habitantes del pueblo de Rocamor dijeron: “Luis es un niño, pero debe participar en el concurso porque es sabio y puede ser un buen presidente”. Cuando estas voces llegaron al rey, respondió que los niños no podían participar, pero luego le recordaron que Luis había inventado el balón redondo para jugar al fútbol y, como era muy aficionado al fútbol, aceptó a Luis, por lo que al final fueron siete candidatos para concursar, seis adultos más un niño, Luis el sabio.

Las pruebas para ser presidente fueron muy seguidas por todos en el país de la Arboleda. Los periódicos dieron noticias del concurso. Hasta la revista “¡Mola!” publicó varios reportajes con grandes fotografías sobre los candidatos y sobre el concurso durante las siguientes semanas.

La primera prueba para elegir presidente fue chutar penaltis en una portería de fútbol. Aunque Luis jugaba muy bien al fútbol, no quedó el primero. El ganador de esta prueba se llamaba Cipriano Rinaldo que era primo de un jugador famoso, pero más feo. Luis estaba muy triste porque había quedado tercero en el lanzamiento

de penaltis, pero sus amigos le dijeron: “no te preocupes, el tercer puesto está muy bien, y quedan más pruebas”.

El segundo test para elegir al presidente del país de la Arboleda fue un concurso de pintura. Luis también dibujaba espléndidamente. Hizo un cuadro donde se veía el bosque de Rocamor, con colores verdes, grises y marrones, bajo un cielo azul brillante, y Luis pensaba que el cuadro iba a gustar al jurado y derrotar a los demás candidatos. Pero Luis tampoco ganó esta prueba. El premio de pintura fue para una artista llamada Picassina que participaba también en el concurso. Luis se puso muy triste porque había quedado tercero en esta prueba de pintura. ¡Otra vez el tercero! Pero sus amigos le dijeron que ser tercero no estaba mal, y que en la prueba del fútbol Picassina había quedado la última, es decir, la séptima entre todos los candidatos.



La tercera prueba del concurso para elegir presidente fue un examen de conocimientos, en el que los candidatos debían demostrar cuánto sabían. Luis se frotó las manos, y pensó que esta

era su oportunidad. Como era muy sabio, el niño Luis respondió bien a muchas preguntas, pero, cuando llegó la última, no supo responder cuántos años tenía el Rey, y otra vez quedó tercero. Pero en esta prueba Cipriano Rinaldo había quedado el último. ¡Qué vergüenza! Cuando le preguntaron quién era Sócrates, dijo que era un jugador de fútbol en lugar de decir que era un filósofo de Grecia. Y cuando le preguntaron cómo se llama la línea que marca el centro de la tierra, respondió “la mitad”, mientras que Luis sabía que esa línea se llama Ecuador. Cipriano Rinaldo jugaba bien al fútbol pero no sabía nada de lo demás.

Luis se puso de nuevo un poco triste porque había quedado el tercero en la tercera prueba. Pero sus amigos le dijeron: “no estés triste, has ganado el concurso”, y empezaron a aplaudir. “Has sido el tercero en todas las pruebas, y por eso has sido mejor que los demás”, añadieron. “Aunque ellos han quedado primeros en una prueba, en las otras han quedado los últimos. Picassina pinta muy bien pero no sabe jugar al fútbol y ha respondido mal a las preguntas. Cipriano Rinaldo puede ganar mucho dinero jugando al fútbol pero no puede ser presidente porque no tiene nada en la cabeza”. Y los amigos de Luis le abrazaron porque había vencido a todos los demás. En el pueblo de Rocamor, los padres, los maestros de Luis y todos sus amigos se pusieron también muy contentos.

El rey de Arboleda llamó a Luis para felicitarle. Luis se presentó ante él y le dijo: “majestad, siento no haber sido el primero en ninguna de las pruebas”. El rey le respondió: “eso no importa porque has sido el mejor del concurso. Lo más importante es ser una persona completa y equilibrada y tú has demostrado serlo”. Y el Rey dijo: “pero hay una prueba todavía más importante que las tres que todos habéis pasado, y es tener un buen corazón. Ahora yo te pregunto: ¿por qué, siendo un niño, quieres ser presidente?” A esto Luis respondió sin dudar: “quiero ser presidente para ayudar a los demás”. Entonces el Rey replicó: “en esta prueba, mi querido amigo Luis, has quedado el primero.” Luis miró hacia arriba con una sonrisa luminosa, y el Rey le nombró presidente.

Aunque Luis era un niño, fue un gran presidente del país de Arboleda. Cuando el rey murió, los habitantes de Arboleda quisieron

que Luis siguiera siendo presidente. Le llamaron Luis el sabio y siguió gobernando muchos años. Pero había un pequeño problema. Luis sabía razonar bien pero esto no le ayudaba a encontrar una buena pareja. Luis tenía muchos conocimientos y dirigía bien la política del país pero no sabía hablar de amor con las chicas.

Cuando Luis se dio cuenta de este problema, decidió retirarse un tiempo y leer muchos libros de poesía, obras de teatro y novelas que hablaban de amor. Su trabajo de presidente estuvo abandonado mientras aprendía cosas nunca antes experimentadas por él. La gente decía: “dejemos estudiar a nuestro presidente porque lo necesita”. Tras mucho reflexionar sobre esta cuestión difícil, Luis comprendió que el amor es algo mágico que no se puede controlar con la cabeza, sino que depende del corazón. Entonces fue cuando Luis estuvo preparado para encontrar una mujer, y así compartir los dos sus vidas, su pasión y su trabajo.

3. Gonzalo el valiente

En el país del Verde Sol, a orillas del río azul, en una casa de campo bien ordenada de color ladrillo, vivía con su familia el joven Gonzalo. En aquel país no había ciudades porque todas las casas eran pequeñas y estaban rodeadas de huertas, donde la gente cultivaba su comida. Los lugares de reunión eran los prados y los bosques. La escuela estaba en la casa del maestro, el hospital en la del médico, y la panadería en casa del panadero.

Todos vivían a gusto en comunidad y, cuando cada mañana, Gonzalo salía con su hermano hacia la escuela por el camino del río, saludaba a los vecinos. “Buenos días, Salmerón el ovejero”, decía Gonzalo a uno que tenía ovejas, y Salmerón respondía: “Buenos días, Gonzalo el limonero”, porque en el huerto de Gonzalo se cultivaban naranjas y limones. Y todos sonreían y se decían adiós.

Gonzalo iba muy contento a la escuela cada día. Su padre y su madre pensaban que era porque le gustaba aprender. Pero en realidad Gonzalo iba contento porque allí encontraba a Carina, una niña morena que vivía algunas casas más arriba en el camino del bosque. Los dos hablaban todo el tiempo y eran muy amigos. Carina tenía una sonrisa de miel, unos dedos redondos como pastelillos y unas mejillas rosadas con pecas que se movían como lentejas en la sopa al hablar.

Por las tardes, cuando jugaba con Carina a tirar piedras al río después de hacer los deberes, Gonzalo se paraba a escuchar. Se quedaba quieto de repente. Carina sabía que tenía que permanecer quieta y en silencio en esos momentos. Gonzalo miraba hacia el bosque y escuchaba, o también miraba hacia el suelo y oía, o levantaba la vista al aire y estiraba una oreja. Gonzalo podía escuchar a los animales y era capaz de entender lo que decían. Así que se paraba a oír lo que comentaban los caballos sobre la hierba más sabrosa, y se reía con las bromas que hacían las gallinas al gallo en el gallinero. Carina era una de las pocas personas que conocía ese secreto.

Cuando Gonzalo era pequeño y escuchó por primera vez a una lagartija hablar, creyó que esto era normal. Después, una vaca le dijo “buenos días, hoy hace buen tiempo y no lloverá”. Gonzalo siguió caminando sin darle importancia, porque pensaba que todo el mundo entendía a los animales. Pero luego se dio cuenta de que comprender lo que hablan los animales era algo extraordinario y entonces decidió que no iba a decirlo a nadie. La verdad es que le daba vergüenza confesarlo porque los demás creerían que era un joven extraño. Aparte de su hermano, sus padres y Carina, nadie más conocía aquel secreto.

Gonzalo creció, y su vida cambió de golpe cuando tuvo que ir a la Universidad. En su país, el país del Verde Sol, a orillas del río azul, la escuela estaba en casa del maestro, pero allí no había espacio para una Universidad, que es un edificio muy grande. En cambio, en otro país vecino, llamado Cemento, que se encontraba justo al lado de Verde Sol, había una Universidad. A Gonzalo no le gustaba la idea de irse de su casa, su campo y su río, pero sabía que tenía que estudiar para hacerse un hombre de verdad, así que dejó a sus padres y a Carina, y se fue a vivir a la ciudad de Cemento. Al principio fue difícil, porque echaba de menos el césped verde, los bosques llenos de animales, el río y los juegos con Carina, pero todo cambió cuando la princesa Matilda dio una fiesta, e invitó a los jóvenes de la Universidad.

La princesa Matilda era hija del rey de Cemento y vivía en un palacio de varios pisos, algunos de ellos vacíos. Antes de ir a la fiesta, Gonzalo se vistió muy elegante y peinó su pelo hacia atrás con una raya en línea recta. Al llegar a la fiesta y ver por primera vez a la princesa Matilda, Gonzalo sintió estrellas alrededor. La sangre le subió a la cara en ascensor y pensó que se desmayaba. En aquel momento, Gonzalo supo que se había enamorado. En solo unos segundos, Gonzalo olvidó el césped verde, los bosques llenos de animales, el camino del río y hasta a Carina, y desde ese momento solo tuvo pensamientos para la princesa Matilda.

Durante los días siguientes, Gonzalo decidió hacer todo lo posible para ver a Matilda de nuevo y hablar con ella. Eso es lo que los enamorados hacen normalmente. Y surgió la oportunidad. El rey

de Cemento había encargado a la princesa construir edificios y carreteras en el país, por lo que Matilda puso anuncios para buscar constructores. Así que, cuando leyó el anuncio, Gonzalo se presentó rápidamente en el palacio, otra vez con su pelo peinado y su traje nuevo, diciendo que quería ser constructor. Cuando estuvo de nuevo frente a la princesa Matilda, Gonzalo pensó que el sueño de su vida sería poder casarse con ella.

Matilda tenía un rostro afilado, unos ojos negros, el pelo sujeto con una diadema de plata terminada en flechas y unos dedos larguísimos que jugaban con un montón de papeles. La princesa miró a Gonzalo por encima de los papeles que estaba leyendo y dijo: “me parece que eres un campesino guapo; pero, para para construir, no necesito jóvenes guapos sino jóvenes valientes; ¿tú eres valiente?” Y le clavó sus ojos de piedra. Ante la mirada de la princesa, Gonzalo sintió un relámpago, y respondió: “claro princesa, soy valiente, y además estoy dispuesto a hacer lo que quieras; tus deseos son mis deseos”. Gonzalo se sorprendió porque había hablado sin pensar. Es lo que pasa a los enamorados.

La princesa dijo “¡vale!”, e inmediatamente le encargó limpiar el bosque de los Laureles porque molestaba para hacer nuevos edificios. Gonzalo fue al bosque enseguida y con ayuda de unos trabajadores y unas máquinas comenzó a arrancar los árboles y a allanar el terreno para dejarlo vacío. A Gonzalo no le gustaba remover las plantas, pero lo hizo porque era valiente y se lo había prometido a la princesa. Entre los árboles, en una zona escondida del bosque, vivían muchos ciervos y, cuando vieron venir las máquinas amarillas haciendo ruido y echando humo, huyeron llenos de temor. Gonzalo miró a los ciervos, paró un momento las máquinas y escuchó lo que decían. Estaban asustados y bramaban unos a otros: “vamos hacia la colina gris, así podremos escapar”. Entonces Gonzalo dijo a los trabajadores y a los conductores de las máquinas: “no hay que llegar a la colina gris; es suficiente con limpiar hasta aquí”, porque quería que los ciervos pudieran escapar por allí.

Cuando hubo terminado, Gonzalo fue a ver a la princesa Matilda. La princesa le preguntó si seguía siendo valiente, y si haría

otro trabajo por ella. Gonzalo le respondió que por supuesto lo haría. Y, como estaba enamorado, añadió: “mis ojos son tus ojos” sin pensar. Esta vez, la princesa le ordenó secar un río para construir más edificios y, aunque a Gonzalo tampoco le gustaba la idea, lo hizo sin rechistar porque estaba enamorado. Sabía que, si secaban el río, iban a morir muchos peces porque, a diferencia de los ciervos, no podría llevarlos a otro lugar. Cuando dejaron sin agua el río, Gonzalo oyó a los peces gritar en silencio y quejarse fuera del agua, pero tenía que ser valiente, así que se tapó los oídos y fingió que no los oía.

Poco después, Gonzalo fue a ver a la princesa, y esta le pidió otro trabajo más. La princesa dijo que los pájaros molestaban en la ciudad y que había que aniquilarlos. Quería encargarle esta tarea a él y nada más que a él porque ahora sabía que era valiente. Gonzalo respondió a la princesa que quizás era mejor ahuyentar a los pájaros de los árboles, de los parques y los tejados para que salieran de la ciudad. Pero Matilda replicó que irían a otro lugar donde seguirían molestando, por lo que era preferible darles veneno para eliminarlos. Gonzalo se quedó muy triste, miró a la princesa enamorado y dijo: “como quieras princesa; mi corazón es tu corazón”.

Aquella noche, Gonzalo sintió una pena enorme, daba vueltas en su cama y no podía dormir. Por un lado, debía hacer lo que la princesa le había ordenado porque estaba enamorado, pero por otro, sabía que no debía matar a los pájaros ni a otros animales. En la noche, salió fuera para respirar bajo las estrellas. Sentado sobre un banco de cemento, observó en la oscuridad y vio los ojos de la princesa que le miraban desde un árbol cercano. Al ver esos ojos, pensó que estaba soñando.

Miró con mucha atención y, al fijarse más, se dio cuenta que no eran los ojos de la princesa sino los ojos de una lechuza que le contemplaba en medio de la noche. La lechuza dijo: “Gonzalo, tu salvaste a los ciervos pero no salvaste a los peces, ¿qué estás haciendo?” Gonzalo respondió: “estoy enamorado y mi corazón dice que debo hacer lo que la princesa me pide”. Y continuó diciendo: “estoy tan enamorado que hago y digo cosas sin querer; no sé qué hacer”. La lechuza movió la cabeza de un lado a otro, y contestó:

“Gonzalo, tú tienes un buen corazón, no se lo des a la princesa”, y con un salto salió volando para perderse en la oscuridad.

Al día siguiente, Gonzalo había tomado una decisión. Se presentó en el palacio y, cuando la princesa lo vio llegar tan decidido, ella dijo: “muy bien, sabía que ibas a hacer lo que te mandé con rapidez; ¿has acabado ya con esos pájaros insoportables que hacen un ruido infernal?”. Gonzalo respondió: “princesa, lo he pensado bien y tengo que ser valiente”. La princesa Matilda dijo: “muy bien, sé que eres valiente”. A lo que Gonzalo añadió: “no, más valiente todavía. Por eso te digo que no lo voy a hacer. Deja en paz a los pájaros y a los demás animales. En lugar de seguir construyendo con asfalto y cemento, debes dejar más espacio para las plantas, hacer más grande el campo y conseguir que los animales vuelvan a este país”.

La princesa lo miró muy enfadada, a punto de estallar. Pero Gonzalo continuó: “desde hoy ya no haré lo que digas. Explicaré a la gente de tu reino y de todo el mundo que no hay que construir más. Lo que hay que hacer es cuidar la naturaleza, plantar árboles, hacer más parques y cuidar a los animales”.

La princesa echó chispas por los ojos y comenzó a gritar: “¡tú no eres un valiente, eres un maldito cobarde!”. Pero Gonzalo ya no escuchaba. Había descubierto que ser valiente no es hacer lo que dicen los demás, sino hacer lo que dice tu corazón. Ser valiente significa muchas veces tomar el camino más difícil, pero merece la pena si es para hacer un mundo mejor. Gonzalo continuó estudiando y comenzó a reunir a otros estudiantes para conseguir que hubiera más plantas en el país de Cemento y también más animales.

Cuando terminó sus estudios en la Universidad, Gonzalo volvió al país del Verde Sol, donde le esperaban sus amigos, su familia y Carina, que había crecido y era una joven morena con los mofletes rosados como mandarinas. Al verla de nuevo, Gonzalo descubrió que sentía chispas alrededor. Cuando miraba a la princesa Matilda había sentido estrellas alrededor. Las chispas no eran lo mismo que las estrellas, pero Gonzalo pensó que prefería las chispas más pequeñas porque las estrellas venían de las flechas de la diadema y de los ojos de piedra de la princesa. Gonzalo prefería también el verde de su

país y el río suave que sentía en su corazón cada vez que miraba a Carina mejor que los rayos y centellas.

Instalado de nuevo en la casa junto al río, Gonzalo vivió una vida más tranquila, cultivando sus árboles frutales y hablando cada día con los vecinos. Poco después, Gonzalo y Carina se casaron. En aquella ceremonia hubo muchos animales invitados y, cuando la pareja se daba la mano, los pájaros cantaron:

“Este es Gonzalo el valiente,
a la ciudad fue y de la ciudad volvió,
a la princesa supo hincarle el diente,
y con valentía nos defendió”.



4. Martín el mago

En el Castillo Encantado, en un tiempo ya lejano, vivía Martín con su familia: su mamá que nadaba como una sirena, su papá que corría como un rayo, y su hermano que era tan fuerte que podía levantar una casa con las manos. En aquella ciudad, la gente podía hacer cosas extraordinarias, por eso se llamaba Castillo Encantado, y muchos vecinos tenían el poder de la magia en su interior.

Cuando un niño nacía, había que esperar tres o cuatro años para comprobar los poderes que desplegaba. Al principio, los bebés miraban con unos ojos muy grandes observando todo lo que había alrededor. Los bebés no caminaban y no hablaban, solo miraban y, cuando menos se esperaba, un día, de repente, comenzaban a hacer cosas increíbles, y esas cualidades les acompañaban toda su vida. Durante años, el niño Martín miró a su madre nadar en el lago como una sirena, porque cada vez que ella entraba en el agua aparecía una cola que le permitía nadar como un pez. También miraba a su padre correr como un rayo, porque iba y venía de una ciudad a otra en un segundo. Y Martín contemplaba igualmente la fuerza de su hermano. Cuando un árbol caía en una calle, su hermano levantaba el árbol como si fuera una hoja y lo lanzaba fuera del castillo.

Un día, el niño Martín estaba con sus amigos, miró a la tierra y quiso que aparecieran unas flores en el suelo. Sin saber cómo, comenzaron a brotar flores de color amarillo, rojo y azul mientras él agitaba sus manos. Martín fue a su casa, habló por primera vez y, con los ojos más abiertos que nunca, dijo a sus padres “mira”. Moviendo sus manos de niño con gestos suaves fue creando un arbusto de hojas verdes, ramas retorcidas y frutos de bolitas rojas en los extremos. Desde ese momento, todo el mundo supo que Martín el mago era capaz de crear plantas y flores con sus manos.

Como en la ciudad del Castillo Encantado todas las familias sabían hacer magia, no era preciso trabajar. Algunos hacían asados de carne, otros, mermelada de frutas, y otros fabricaban camisas o vestidos nada más que con la mirada. De manera que las familias se

ayudaban unas a otras, y compartían lo que sabían fabricar. Todo iba bien en aquella ciudad hasta que apareció el Dragón del Dinero.

Nadie sabía muy bien cómo el dragón llegó a hacerse dueño de la ciudad del Castillo Encantado. Al principio, algunos comenzaron a cobrar algunas piezas de metal por las cosas que producían, y poco después todos estaban cambiando monedas. Desde entonces, el Dragón del Dinero se instaló en la torre del castillo, y empezó a dar órdenes a los habitantes de la ciudad. Las órdenes que daba el dragón eran cada vez diferentes. Un día decía cómo había que vestir y otro día decía lo que debían comer los habitantes del castillo. Y todo el mundo seguía esas modas sin rechistar. Si alguien no cumplía sus órdenes, el dragón lo convertía en una figurilla de madera, y lo guardaba en la prisión de la torre. Cada tarde se oía la voz del Dragón del Dinero reír a carcajadas mientras jugaba con las estatuillas de la gente que había caído en sus garras: “Hi, hi, hi, hi”.

Los habitantes del Castillo Encantado empezaron a tener mucho miedo. Al principio fue divertido cambiar todo por dinero y seguir las órdenes del dragón. Pero al cabo del tiempo, su poder fue tan grande que la gente ya no podía hacer lo que quería. Los amigos hablaban en voz baja y decían que estaban cansados, que la vida antes era mejor, y no sabían cómo librarse del dragón.

Algunos amigos de la familia habían sido convertidos en figuras de madera. Un día el dragón dijo: “nadie puede bañarse el domingo”. Y, como la madre de Martín se bañó ese domingo, el dragón la convirtió en figurilla para guardarla en la torre del castillo. Después el dragón dijo: “nadie puede correr los lunes”. Y como el padre de Martín corrió un lunes, el dragón lo convirtió también en estatua. Martín y su hermano se pusieron muy tristes, porque tenían que vivir solos sin sus padres. Después el dragón dijo: “nadie puede hacer fuerza los sábados, ese día es para ir a comprar con dinero”. Como el hermano de Martín no quería que el dragón lo convirtiera en estatua, los sábados estaba quieto y solo se dedicaba a ver cómo su hermano cultivaba flores.

Pero un sábado hubo un accidente, y un mueble lleno de juguetes cayó encima de un niño. El niño sufría mucho porque una montaña de juguetes le pesaba encima y nadie tenía la fuerza

suficiente para levantar el pesado mueble. El hermano de Martín dijo entonces que había que salvar al niño, fue a su casa, hizo fuerza y levantó el peso que le aprisionaba. El dragón se enfadó y convirtió en figurilla también al hermano de Martín y lo encerró en la torre del castillo.

Martín quedó muy triste porque el dragón había encerrado a su madre, a su padre y a su hermano, convertidos en estatuas. Martín tuvo que vivir solo durante meses y, en ese tiempo, se dedicó a cultivar plantas y flores con sus manos y a pensar. Hacía crecer un rosal muy grande con rosas rojas, y durante varios días se quedaba pensando mientras miraba el rosal. Luego, en solo unos minutos, levantó un ciprés muy alto, con su perfume de madera fresca y su punta verde mirando al cielo, y pasó meses cavilando mientras miraba el color oscuro del ciprés.

Tras mucho pensar, Martín reunió a las familias de magos y les dijo: “¡ya lo tengo! Ya sé lo que vamos a hacer para librarnos del dragón”. Al día siguiente era lunes y el dragón dijo otra vez: “nadie puede correr los lunes”. La gente dijo a Martín: “recuerda lo que pasó a tu padre, gran corredor; desde entonces los lunes caminamos muy despacio por la calle, sin correr, aunque tengamos prisa o tengamos muchas ocupaciones”. Martín les explicó lo que tenían que hacer, y el lunes por la mañana la gente fue bailando por la calle en lugar de correr. El panadero fue bailando con pasos ligeros a entregar sus panes, y el médico se apresuraba a visitar a sus pacientes danzando un vals. Al ver esto, el dragón se puso muy enfadado, porque nadie había corrido y no podía transformar a nadie en estatua por correr, pero, bailando, todos habían ido más rápido que de costumbre. Esa noche, no se oyó al dragón en la torre gritar “hi, hi, hi”. Más bien, la gente en su casa reía “ha, ha, ha”, y decía “hemos engañado al dragón”.

Al día siguiente, el dragón inventó una nueva orden para todo el mundo. Desde la torre del castillo dijo: “nadie puede hablar los jueves; tenéis que comprar y pagar dinero sin hablar”. Martín reunió a todos la noche anterior y dijo: “nadie hablará mañana jueves, todos vamos a cantar”. La mañana siguiente, los habitantes del Castillo

Encantado pasaron el tiempo cantando para poder comunicarse unos con otros. El zapatero entonaba:

“♪♪Ψ Veo que tu zapato está estropeadooo,

♪♪ voy a hacerle un remiendo encantadooo ♪♪Ψ”.

La gente era feliz cantando y se reían unos con otros, hasta el punto que olvidaban pagar monedas unos a otros. Lo pasaban tan bien que incluso olvidaron por un rato que sus amigos y familiares estaban presos como estatuas en la torre del dragón.

Aquella noche, el dragón se enfadó muy en serio por el nuevo truco que Martín el mago había ideado. Y, como el dragón sabía que era Martín quien lo había propuesto, dio una nueva orden que nunca antes había dado. En la noche del jueves, el dragón dijo: “los viernes, nadie puede cultivar plantas con las manos”. Cuando escuchó esto, Martín dijo a sus amigos y a las demás familias de magos: “¡tranquilos, no os preocupéis, estaba esperando esto hace tiempo; mañana encerraos en vuestras casas, y dejadme hacer a mí!”

Sus amigos estaban inquietos porque Martín no podía usar sus manos. Si lo hacía, el dragón le encerraría en la torre. Pero, durante los meses que había estado retirado pensando, Martín había practicado un nuevo truco de magia. En ese tiempo, Martín ensayó mucho para hacer crecer plantas utilizando solo su pensamiento, sin mover las manos. El dragón había dicho que los viernes nadie podía hacer crecer plantas con las manos. Pero entonces Martín cerraba los ojos, se concentraba y, sin mover un músculo, aparecían los árboles más fuertes y las flores más hermosas.

El viernes por la mañana la ciudad estaba desierta. Martín se concentró mucho, hizo fuerza con su pensamiento y las plantas comenzaron a crecer en las calles, en las plazas y, lentamente pero sin pausa, subieron hasta rodear la torre del castillo de la Ciudad Encantada, donde estaba encerrado el Dragón del Dinero y todas las personas que había transformado en estatuas. Las ramas crecían, avanzaban sin descanso bajo las puertas, entre los muros y por las ventanas. Después de un rato, la torre apareció totalmente cubierta de una espesa red de plantas, y en sus ramas comenzaron a abrirse grandes flores blancas.

Entonces se hizo el silencio. Las ramas gruesas habían roto las puertas. Cuando Martín y sus amigos entraron en la torre, entre una espesura de hojas verdes, flores y plantas, encontraron que no había ningún dragón, y que solo quedaban las personas que habían sido atrapadas por el Dragón del Dinero, que luchaban por desprenderse del enjambre vegetal que el pensamiento de Martín había creado.



FIN

Copyright © 2018 Martín Ortega Carcelén, **La princesa Martina y otros cuentos.**